

## ENCUENTROS EN VERINES 2003

### Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

#### EL FUTURO ESPERA QUE LO ESCRIBAMOS SACANDO LOS PIES DEL PLATO

Aleixandre Marilar

Yo siempre he querido pillar el cielo con los pies. Y eso a pesar del refrán gallego que advierte “¡Quieres pillar el cielo con los pies y no le llegas con las manos!”. Quiero pillar el cielo con los pies porque ese, como todos los sueños, es en el fondo una rebeldía contra el sentido común, contra la rutina que nos amonesta, por boca de los refranes, para que estemos calladitos –y sobre todo calladitas– sin sacar los pies del plato.

Dejar atrás la infancia, convertirse en adulto, significa (al menos así lo quiere el sentido común) renunciar a sacar los pies del plato o, como decían en la cordobesa Doña Mencía de mi infancia, en expresión más brava, echar las patas por lo alto: “¡Niña, no eches las piernas por encima del brazo del sofá!”. Escribir literatura infantil o juvenil es viajar de vuelta hacia la niñez, transgredir el mandato que fuerza a recorrer el tiempo en una sola dirección, igual que la barca de Caronte (que en gallego es llamado Chorento o incluso Roque, como se cuenta en *La Vaca de Fisterra*) únicamente cruza el Aqueronte y la laguna Estigia en un solo sentido.

Antes de hablar de ese viaje de vuelta ¿Por qué esa censura sobre las piernas y los pies? El tabú no es nuevo, ya los seguidores de Prisciliano –que según creemos alguna gente en Galicia es quien está realmente enterrado en la catedral de Santiago– eran acusados de herejía entre otras cosas por celebrar ritos en los que danzaban con los pies descalzos. ¿Simbolizan los pies descalzos la libertad sexual? Es probable y, como indican las deliciosas moralejas en verso que apostillan los cuentos de Perrault en su primera edición de 1697, estos cuentos pretendían advertir acerca de los lobos amables “sobre todo a las muchachas de que hacen mal en escuchar a cualquiera”, pues:

*Qui ne sait que ces Loups douxereux*

*De tous les loups sont les plus dangereux*

Los priscilianistas fueron acusados de danzar con los pies descalzos y de que se mezclaban hombres con mujeres, dos transgresiones que deben tener mucha más

relación de la que parece a primera vista. He citado la moraleja que aparece al final de Caperucita, que por cierto en la versión original de Perrault acaba comida sin remisión por el lobo, pero no se puede olvidar la orgía de sangre ejercida sobre los pies de las hermanastras en Cenicienta, versión de los hermanos Grimm, para conseguir que les quepa el pie en el zapatito de cristal:

*“Entonces la madre, tendiéndole un cuchillo, le dijo*

*—¡Córtate el dedo, cuando seas reina no necesitarás andar a pie!”*

Claro que las palomas, las acusicas de las palomas, cantaron desde el avellano, advirtiendo al príncipe de que el zapato estaba manchado de sangre. El significado de las manchas de sangre antes de la noche de bodas ofrece pocas dudas.

De los zapatos manchados de sangre a los zapatos rojos: continuidad de símbolos marcando a las muchachas que cruzan la raya entre lo aceptable y lo inaceptable. Andersen nos cuenta la historia de la niña condenada, por haber elegido unos zapatos rojos, a bailar eternamente hasta que ella misma le pide al verdugo que le corte los pies de un tajo. Volviendo al refranero español, y este es más crudo que los anteriores: “Todas las mujeres son unas putas mientras no se demuestre lo contrario y las que llevan zapatos rojos aunque se demuestre lo contrario”. No sé qué habría dicho el autor del refrán sobre las mujeres con las uñas de los pies esmaltadas de rojo, aunque lo más probable es que ni siquiera se le pasase por la cabeza que podríamos llegar a tanto. Y, por terminar este pequeño recuento sobre los pies en la literatura infantil y popular con otra historia de Andersen, la sirenita paga con la voz y la vida su deseo de mudar la cola de pez por dos piernas terminadas en piecitos que la lleven hasta su amado aunque cada paso hiera como andar sobre cuchillos afilados.

Tan peligroso es pues sacar los pies del plato, que puedes acabar con un dedo menos o con los pies cortados, muda o convertida en espuma del mar. Pero antes de llevar a cabo lo prohibido, hay que soñarlo. Soñar que se alcanza el cielo con los pies.

Emprender el viaje hacia la infancia, bucear en los deseos y los miedos que guardamos en el baúl más remoto de las memorias, es volver a recuperar los sueños, el mapa de lo que todavía es posible, en el que todos los caminos están abiertos, con su promesa de aventura. Los deseos y los terrores, porque la infancia no es solamente sueños de un mañana en que el mundo se rendirá a nuestros pies, deseos no formulados y anhelos inconfesables, sino también el territorio del miedo. Escribir la crónica de ese viaje en el que debajo de la cama acechan monstruos no tan amables como los que a veces pintamos en las historias infantiles: el cadáver de la abuela entrevisto en el

velatorio en el que querían que le diéramos un beso negado, que viene a reclamarnos; los gritos de la tía loca encerrada en el cuarto que tenía una ventana a la escalera y ninguna hacia la calle. ¿Estaba de verdad loca o la habían encerrado por otras razones? ¿Es cierto que fue la más guapa de las hermanas? No podría asegurarlo, mirando su melena desgreñada, los ojos extraviados, oyendo su voz ronca en la que, sin embargo, no emitía disparates.

En ese camino de vuelta a la niñez que hacemos al escribir literatura infantil, nos sale al paso el cielo que queríamos pillar con los pies de niña: en mi caso el de los viajes. A veces logramos que la tierra, en su atolondrado girar, nos meta bajo los pies los países soñados. Pisé las cenizas calientes junto a los volcanes de la isla de Java y aspiré los vapores de azufre en el valle donde la separación entre el paraíso de los arrozales descendiendo en escalones y el infierno de las calderas de Pedro Botero es tenue como papel de arroz. También los pies, quién sabe si por culpa de unos zapatos o sandalias rojos o de las uñas pintadas, nos arrastran bailando a lugares que ni siquiera habíamos imaginado, como Birmania, y amanecemos en la llanura de los mil templos de Pagan, en la selva lacandona o entre las caras enigmáticas del interminable ejército de terracota en Xi'an que, pareciendo tan importante, es sólo la cámara de los sirvientes de la tumba aún no excavada de Qin Shihuang emperador o tirano, si es que ambas cosas no son lo mismo. Todavía no he cruzado Rusia en el transiberiano, ni he viajado por el Ártico en trineo, aunque espero hacerlo algún día.

Viajar, escribir. Viajar para inventar libros de viajes. Escribir para viajar de nuevo. Cuando no podemos ir a un sitio siempre nos queda el recurso de mandar a alguno de nuestros personajes, como Emilia, la de la *Expedición del Pacífico*, que me precedió camino del Amazonas, a pesar de que no querían llevarla y tuvo que meterse de polizón en la goleta. Porque Emilia, como otras, intenta pillar el cielo (o el barco) con los pies.

En *La Banda sin futuro*, Carlota decide que quiere intentar pillar el cielo con los pies, aunque los refranes prediquen lo contrario, aunque tenga el pelo rapado al cero y se sienta ella misma como un cero a la izquierda. En ese intento cuenta con alguien que está a medio camino en la barca de Caronte, Poch, el músico de Derribos Arias que muerto y todo habla con ella desde su foto, recortada del periódico. También su amigo Moncho coincide con Poch en que no se puede pillar el cielo con las manos sin intentarlo con los pies, aunque él lo dice de otra forma: “*El futuro no está escrito en ningún lado. Está aguardando a que lo escribamos y hasta que no lo escribamos no lo*

*podremos leer*". Es posible que, aunque al escribir literatura infantil creemos viajar hacia atrás, en realidad lo que estamos haciendo sea inventar el futuro, que está aguardando a que lo escribamos.

Lo que seguramente es cierto es que, si no lo escribimos nosotros, habrá otros que lo hagan. Algunos de los que nos recomiendan escrutar las estrellas en busca del destino, mientras ellos nos meten a la fuerza los pies dentro del plato sin que nos demos cuenta. Son como el Devorador de sueños al que se enfrenta Fa en *El Chápiro verde*, se comen los sueños antes de que podamos escribir con ellos el futuro. ¿No hay nada que hacer frente a los devoradores de sueños? Fa, que por suerte lleva un lápiz, descubre que el Devorador no se puede comer los sueños una vez escritos. A lo mejor por eso escribimos compulsivamente los sueños porque, una vez escritos, aunque se desvanezca la tinta y las polillas se coman el papel, aunque ardan todos nuestros libros a 431 grados Fahrenheit, aunque se borre algo mucho peor que la tinta, el disco duro de nuestro ordenador, serán indestructibles.

Igual que alguna gente a la que le gusta comer acaba cocinando, algunos hemos llegado a escribir a fuerza de leer, a fuerza de ser leones y leonas. Hace ocho o diez años, la primera vez que fui a la Feria del libro de Bolonia, me sorprendí al leer su nombre en italiano, *Fiera*. Después me di cuenta de que era un nombre muy adecuado, porque una feria del libro es una feria de fieras bravas, de sueños desmandados que intentamos gobernar. Una feria del libro es la feria de las fieras, leonas y leones que no devoran sueños, pero no tienen ningún temor a devorar palabras.

Se me está acabando el tiempo, o el papel, o los caracteres que el ordenador suma inexorablemente y ni siquiera he empezado a contar lo que quería al principio. No he hablado del cuento chino del ojo del dragón, ni de aquel otro de la vaca y el destino. Creo que no he hecho más que sacar los pies del plato, o del ladrillo, que es la peor herejía que se puede cometer bailando el chotis. Porque aunque escribo literatura en gallego, lo cierto es que soy madrileña. Por eso tengo la lengua partida, una condición denostada, aunque algunos la envidien. ¿De qué más tenía que hablar? Al acabar estas páginas el once de septiembre, de Theodor Adorno, no porque hoy se cumplan cien años de su nacimiento, sino porque él también dijo que había que intentar pillar el cielo con los pies, aunque lo formuló de otra manera. Dijo que no se podía dejar de soñar con los mundos posibles en los que los distintos convivirán, en que el individuo no estará despersonalizado, esto es al menos lo que yo entendí al leerlo, y dijo, esto es literal, que el objetivo de la ilustración es "liberar a los hombres del miedo". Escribió para

desmontar el discurso de los devoradores de sueños, aunque quizá él no los llamase de esa forma, mostrando una vez más que, una vez escritos, los sueños persisten a través de los años del miedo, de las largas noches de piedra o de plomo. Adorno predica la rebeldía, la resistencia, es decir, sacar los pies del plato. Estoy por creer que le gustaban las mujeres con zapatos rojos.

Escribiendo mientras viajamos de camino hacia la infancia voy tirando por la ventanilla del tren todo lo superfluo ¡Allá van los adjetivos, siempre persiguiéndome con sus cantos de sirena, los adverbios preparando la traición! Las moralejas, sean en prosa o en verso, desaparecen bajo las tachaduras blancas del corrector de papel líquido. ¡Fuera el azúcar, que acecha en el fondo de los cuentos infantiles! Al final me he quedado sólo con un pañuelo blanco, el que usé para despedirme en el andén de mis amigos de la infancia. Aunque, ahora que lo miro con atención, me parece que no tiene vainicas, ni siquiera dobladillo. No debe ser un pañuelo, sino un pedazo de tela blanca sin rematar. Temo haberlo robado en un relato de Isak Dinesen, que sea un pedazo de la sábana nupcial de una princesa. La única sábana nupcial que estaba en blanco y, por ello, la que cuenta la historia más interesante. Esa que está en el futuro, esperando que la escribamos.